

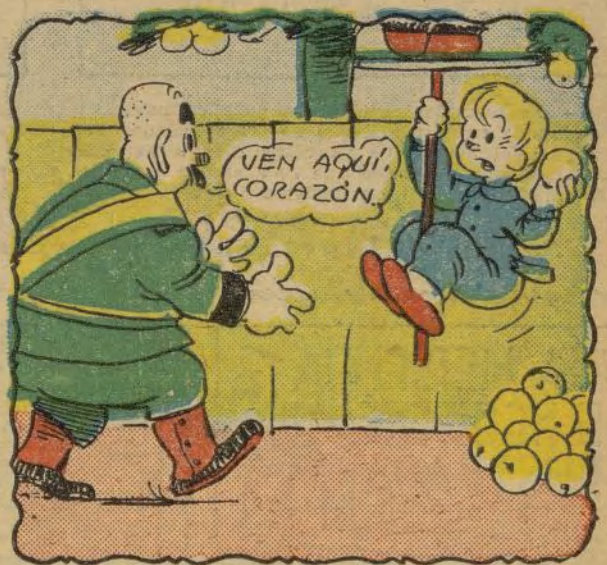


AÑO VI.—NUM. 315

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

23 de mayo de 1935

LA MERIENDA ACCIDENTADA



Andanzas de Miguelín EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

LA HIJA DEL GRANJERO



"¿Estás seguro, papá, de que no se te olvida ningún encargo para la ciudad?—le preguntaba Maruja a su padre mirándole cariñosamente—. Miguelín vendrá conmigo para ayudarme a traer las provisiones." "Nada, hija: no se me olvida nada"



Miguelín, que había estado sentado junto a los que conversaban, se puso de pie y se dirigió a traer los caballos. "¡Quietos!"—les gritó al ver que se encabritaban asustados por el ruido de los golpes de un leñador que allí cerca estaba cortando unos árboles



"Los caballos están hoy algo inquietos—dijo el señor Randall a su hija—. Procura sujetar bien a "Príncipe" con las riendas." Maruja sonrió tranquila. "Con "Príncipe" no hay miedo, papá—respondió la muchacha—. Sé dominarlo muy bien."



En esto llegó junto a ellos Miguelín trayendo los caballos, y Maruja montó ágilmente en su cabalgadura. Cuando su compañero iba a montar, a su vez, vio a Diana, la hija menor del granjero, que salía de su casa y comenzaba a corretear por el campo.



Habían comenzado ya ambos muchachos a cabalgar hacia la ciudad cercana en busca de provisiones, cuando, volviéndose a mirar hacia el leñador, vio Miguelín que Diana se hallaba en grave peligro, cerca del árbol que estaban cortando.



Instantáneamente se dió cuenta de que el leñador no se había percatado de la presencia de la niña junto al árbol que iba a caer de un momento a otro, y sin pensarlo más, lanzó su caballo al galope hacia donde estaba la criatura.



Hallábase ésta cortando flores para su mamá, y tan abstraída en su tarea, que no oyó el amenazador chasquido del árbol, que ya comenzaba a partirse. Sólo el galope del caballo que se acercaba pudo sacarla de su abstracción y ponerla alerta.



Inclinándose en su silla, clavando las piernas en los ijares del caballo, Miguelín llegó hasta la niña y cogiéndola vigorosamente con su brazo derecho sin aminorar la carrera, la arrebató consigo en el momento mismo en que el árbol se abatía amenazador.



El señor Randall, desde la puerta de su casa, lo había visto todo, y corrió aterrorizado al encuentro del muchacho. "No ha sido nada, afortunadamente, señor Randall—le dijo Miguelín entregándole la niña—. ¡Sólo un pequeño susto!"

No dejéis de leer en JEROMIN el próximo jueves la siguiente aventura de Miguelín, titulada: Una proeza arriesgada.



Del sitio en que se encuentra abandonada esta barquita, han partido en busca de aventuras, don Pío y Nicanor, tripulando una hermosa embarcación.

Quando llevaban ya dos meses sin ver tierra y don Pío empezaba a ponerse tonto diciendo que así empezó Colón, Nicanor le comunicó la feliz nueva.

La feliz nueva era el hallazgo de una isla. Pero no fué tan feliz como parecía, pues los naturales de la isleta acogieron a don Pío y a Nicanor con demasiado cariño.

"La verdad es que hay cariños que matan", pensaba don Pío. Nicanor no podía pensar nada porque le estaba estropeando "el cerebro" el negro de la lanza, que condujo a los marinos...



...en busca de leña con la que encender fuego para cocer sus propias carnes. Pero cuando empezaron su ingrata tarea, vieron los restos de un "auto", cuyos dueños.



...seguramente habrían tenido el mismo fin que a ellos les esperaba, e idearon una estratagema para librarse de los antropófagos. Ataron los muelles de los asientos.



...y sujetándolos a la leña, los pusieron debajo de la caldera. Había que ver lo contentos que estaban los negros ante la idea de merendarse a don Pío y a Nicanor.



Pero cuando el fuego quemó las ligaduras de los muelles, éstos saltaron con tal fuerza, que ocasionaron una catástrofe entre los negros, mientras los marinos huían muertos de risa.



Resumen de lo publicado.—Martin es un huérfano empleado en la posada de "Las dos llaves", cercana al castillo de los misterios. Cierta día llevan a la posada a una niña, que pide auxilio desde una ventana. Martin sube a correrla; halla la habitación vacía y un papel en el suelo. Cuando quiere oír, oye pasos.



Martin se quedó inmóvil al oír ruido de pasos que se aproximaban a la puerta de la habitación en que se hallaba. Inmediatamente oyó una voz que decía: "Hola, señora Carter; ¿qué sucede?"



Al punto reconoció Martin aquella voz. Era del capitán Morgan, el misterioso marino que se hospedaba en la posada. El muchacho se dirigió rápidamente a la ventana, y saltó fuera con pasmosa agilidad.



No bien se había asido a las ramas de la añosa yedra que trepaba por la pared de la casa y escondido entre su follaje, cuando el capitán Morgan y el posadero Silas entraron en la habitación.



Al ver la ventana abierta, el posadero, de temperamento receloso, se dirigió a ella y se asomó sacando medio cuerpo. "No hay nadie", murmuró tranquilo. Martin sonrió satisfecho y se acercó con cautela a la abertura, a tiempo para ver cómo el posadero, a quien acompañaba el capitán Morgan, abría una puerta secreta en la pared frontera de la habitación, perfectamente disimulada como un panel del zócalo de madera.



Y oyó que el capitán le decía a maese Silas al tiempo de penetrar tras él por el pasadizo secreto: "¿No le parece que esos contrabandistas saben algo?" "¡Y yo también!", respondió para sí el muchacho, decidido a proseguir la aventura.



No bien se hubo cerrado el panel, apenas los dos hombres hubieron pasado, Martin saltó presuroso dentro de la habitación. "¿Qué extraño misterio acabo de sorprender?", se preguntó a sí mismo cuando se vió solo en la pieza solitaria.



Ansioso por averiguar algo más sobre los contrabandistas de que acababa de oír hablar al capitán Morgan, Martin cruzó rápido, pero cautelosamente, la sala, y se acercó al panel que actuaba de puerta secreta, dispuesto a arrancarle su inquietante secreto.



"Por aquí debe de haber algún resorte disimulado que pone en movimiento la puerta", pensó. Sólo falta que lo encuentre. Y comenzó a palpar la pared, hasta que, de pronto, dió con lo que buscaba, y la puerta comenzó a resbalar suavemente.



Un oscuro pasadizo se abrió ante el atónito muchacho. Pronto advirtió que de la misma puerta arrancaba una escalera, cuyas gradas descendían perdiéndose en la oscuridad. Con el corazón agitado atravesó Martin la puerta y penetró en aquel misterioso recinto. ¿Adónde iría a parar aquella escalera y qué extraños secretos lograría descubrir?, pensaba nuestro joven según iba descendiendo los desiguales peldaños.

(Continuará)

Si queréis saber lo que Martín halló al final de la escalera misteriosa, leed JEROMIN el próximo jueves

EL CERDO MARINO CUENT



El príncipe Ahmed embarcó en sus bajeles con rumbo a tierras desconocidas en busca de emociones y aventuras. Deseoso de ensanchar sus dominios, el príncipe aventurero navegaba con todas las velas de sus barcos, al viento de lo inesperado.

Muchos días y noches pasaron sobre las banderas del príncipe Ahmed, y los marineros, que aun no habían visto tierra firme, comenzaron a murmurar entre sí. La leyenda de aquellos mares decía que si a los

ochenta días de navegación no se encontraba tierra alguna durante el viaje, era que los barcos corrían en busca de la isla del Mal, habitada por todas las furias del averno, en el país de las calamidades.

Y llegó, por fin, la mañana del octogésimo día, y los marineros y soldados hablaron a su jefe: "Señor; ochenta días llevamos navegando sin encontrar durante este tiempo ni el menor islote en nuestro camino. Esto quiere decir, señor, que nuestros barcos navegan en pos de su muerte, según dicen los libros sabios que hablan de estos mares."

El príncipe arrugó el entrecejo, pues él también creía en la leyenda de los mares malditos; pero como nada podía hacerse por evitar la catástrofe, mandó a los soldados que aprestaran sus armas, y todos acataron la voluntad de Dios, que les había elegido como víctimas de la leyenda de aquellas tierras de muerte.

Al día siguiente los barcos del príncipe avistaron una serie de islas, en cuyos acantilados el mar batía suavemente. Pero Ahmed y sus generales no se dejaron engañar por el aspecto tranquilo de aquellos islotes, y Ahmed, reuniendo en el puente de su navío a los generales de la pequeña flota, les habló así: "Dice la leyenda que sólo un hombre puede desafiar el poder de estas furias

malditas de las islas del Mal. Un solo hombre puede combatirlos; pues bien, mis bravos guerreros; yo partiré a desafiar a los habitantes monstruosos en sus guaridas, y si muero, uno de vosotros me sucederá en el empeño." Todos los generales doblaron su rodilla ante el príncipe generoso, y prometieron que si



El destino les señalaba para emprender la aventura arrostrarían ciegamente la empresa con ánimo de libertar a sus compañeros.

Desembarcó el príncipe él sólo en la playa de las islas malditas, y su arrogante figura se elevó en el arenal jamás pisado por hombre alguno, y que ahora

hollaba con firme paso el alazán de guerra del valeroso príncipe Ahmed.

Por espacio de varios días cabalgó el guerrero, dejando atrás selvas intrincadas, sin que le saliera al paso ninguno de los peligros que habían profetizado los más viejos marineros de la escuadra. Ya se disponía a reírse de sus temores, pensando que habían caído en la más apacible de las tierras, y tiraba de las riendas de su caballo para regresar a dar la buena nueva a sus gentes, cuando un agudo silbido le hizo volver la cabeza. Volvió el príncipe con la rapidéz del relámpago y le fué imposible ver nada. En aquel momento una sombra horrible cruzó entre los árboles, y al instante se oscureció el sol y la selva se pobló de ruidos extraños. Gritos, lamentos, aullidos, alaridos siniestros resonaron por doquier, y todas las fieras del bosque aullaron, y aullaron todos los pajarraeos de mal agüero.

Pero el príncipe valeroso no vaciló ni un solo instante. Caló la celada de su armadura y, embrazando fuertemente la lanza, gritó elevándose en los estribos: "¡Salid de vuestros escondrijos, miserables, cobardes! ¡Salid! ¡El príncipe Ahmed os espera!..."

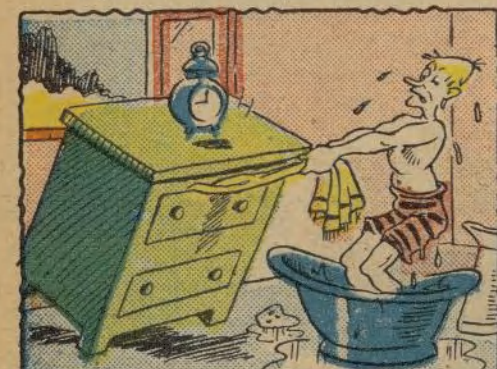
Y apenas el generoso mancebo había concluido de lanzar su reto, un monstruo espantoso se alzó ante él surgiendo del fondo de la tierra, y de un solo zarpazo de sus garras terribles destruyó el caballo del príncipe.

(Continuará.)

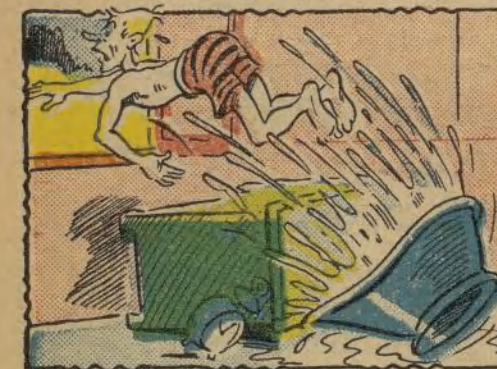
CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Cascarilla se ha colocado de criado con unos señores que habitan en un hotel, y lo primero que le han orde-



nado es que se dé un baño. Cascarilla, después de bien lavado, dió un tirón de la toalla, que estaba enganchada



en un cajón de la cómoda; ésta vino a caer sobre el borde de la bañera, y Cascarilla salió despedido por la ven-

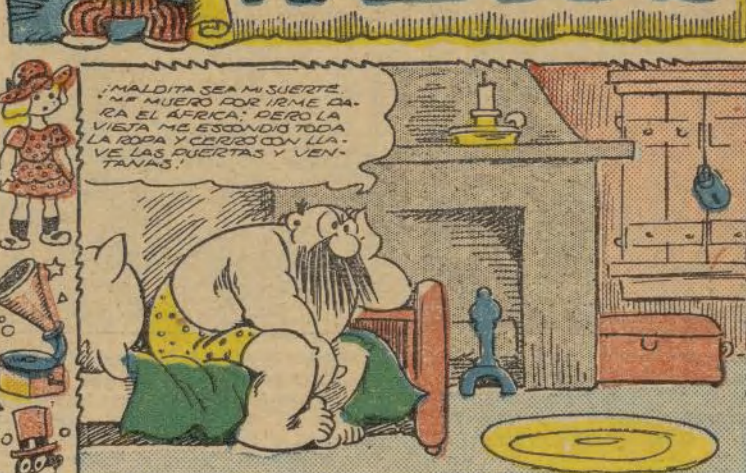


tana, aterrizando en un macizo del jardín. Poco había trabajado Cascarilla en aquella casa; sin embargo, estuvo a punto de cobrar de lo lindo.



Kilómetro, sintiéndose morir de hambre, había partido en busca de alimento, y, al quedarse sola, Laura fué atacada por un gato.

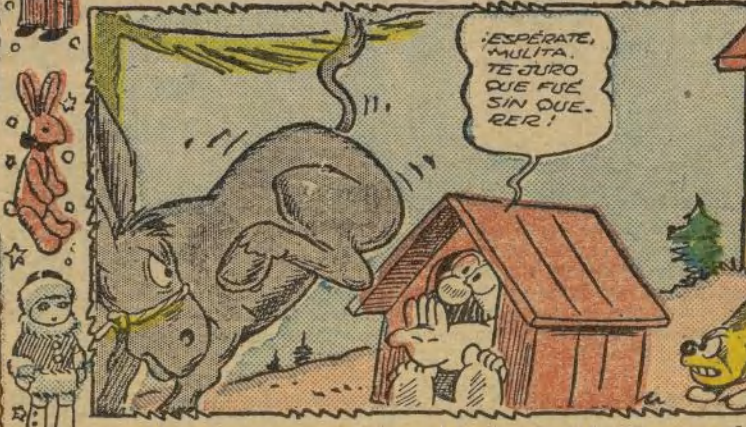
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Para cortar sus ansias viajeras, mamá Tecla encerró la ropa del capitán, y éste se desesperaba, porque no era cosa de emprender un viaje en vestimenta de nuestro padre Adán. Además le habían encerrado con tres candados.



Pero si puertas y ventanas estaban tapiadas, en cambio la chimenea le brindaba una prometedora salida, y el capitán no vaciló en arriesgarse por ella, pensando que, una vez en tierra firme, ya encontraría algo con que vestirse.



De momento no vió mejor escondite que la garita de Cachorrillo, pero éste tenía malísimas pulgas, y como no le hizo gracia la evacuación de su domicilio, se agarró a una molla del capitán como un hambriento a medio kilo de chorizo.



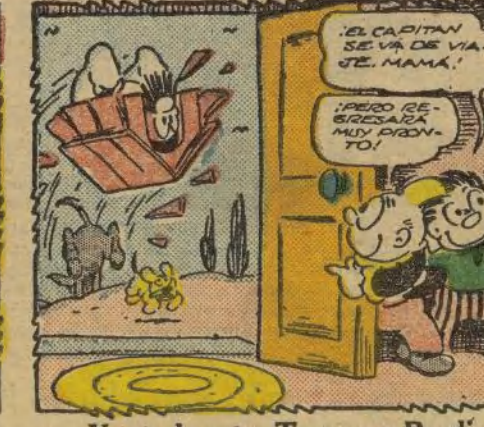
El capitán, víctima de su afán desmedido por marchar al Africa, sintió los dientes de Cachorrillo hincarse en sus pantorrillas, y, ciego de dolor, sobre todo porque con la caseta no veía ni gorda, escapó a todo gas.



Y, en su ciega carrera, vino a estrellarse contra la mulita del sabio, que ya sabéis el genio encantador que tenía. La mulita estaba desayunando plácidamente, y el golpe le sentó como si le operasen la apendicitis con un serrucho.



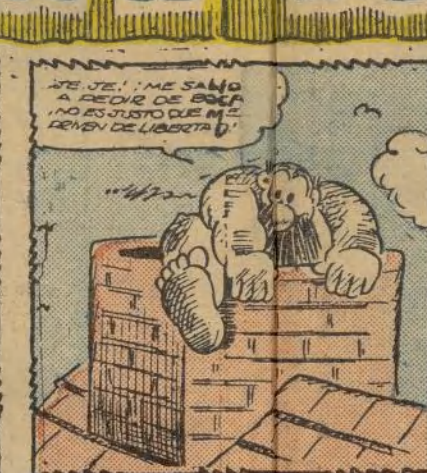
Y para reprimir los ímpetus de aquel alma viajera, mamá Tecla ató a Terre-Moto de tal forma que no pudiera escapar de nuevo. Pero no creáis que el capitán había escarmentado, que aun le esperaban nuevas y espeluznantes aventuras. (Continuará)



Repollo salió de su casa dispuesto a dar la serenata a la primera que viese asomada a una ventana, pero antes se puso a dar un repaso al periódico, momentos que aprovechó un chiquillo para echarle un bote de pintura



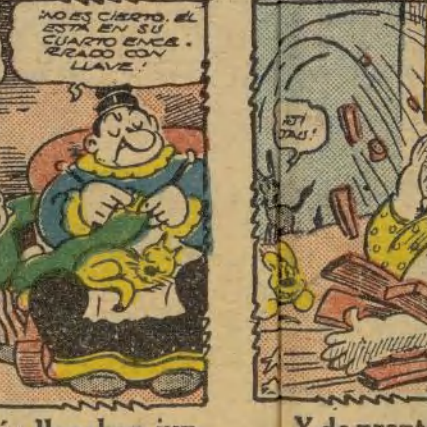
dentro del bombardino. "Ya está aquí la dama; a ésta le voy a dar la serenata". La dama, que se dió cuenta, se



puso muy tonta. Repollo dió un fuerte soplo y salió una tromba de pintura, que puso a la señorita como para proclamarse "Miss Negrita 1935".



Risa para la semana con "Laura" la charlatana



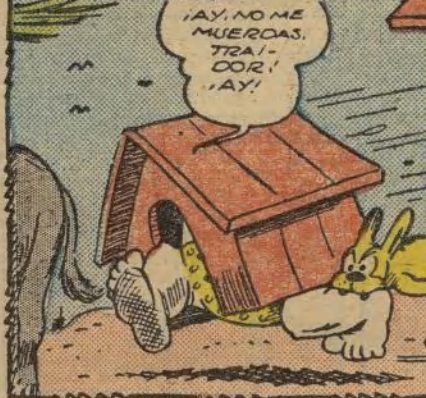
El fiel Kilómetro oyó el grito de auxilio de Laura, y comprendió que algo horrible tenía que pasar a su querida compañera.



Como Kilómetro era un perro valiente, que estaba dispuesto a jugarse el pellejo por una pluma de Laura, partió veloz en su auxilio.



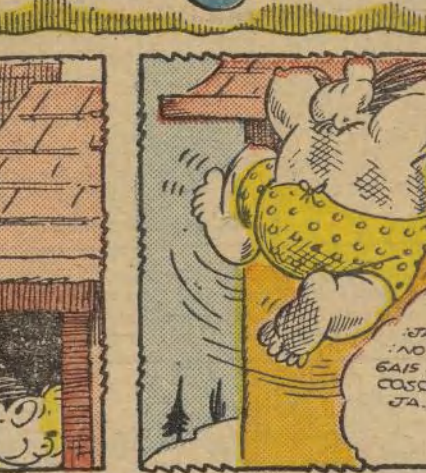
Y no tardó en dar alcance al minino que quería zamparse a la cotorra. "Animo—gritó Kilómetro—, aquí estoy yo, que soy un hacha."



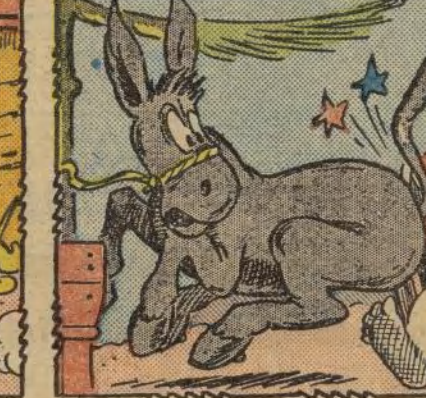
Y, consciente de su obligación, le dió un lapo al minino, que, si le agarra de lleno, le hace fosfatina. El gato huyó, perseguido por Kilómetro.



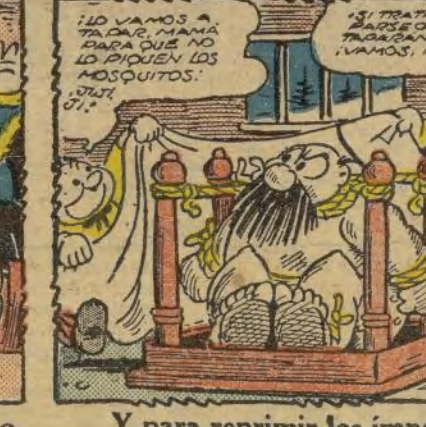
El perro tranvía sitió a su enemigo, que pedía clemencia. ¿Qué hicieron Laura y Kilómetro? ¿Se comieron al gato o se unieron con él?



Repollo salió de su casa dispuesto a dar la serenata a la primera que viese asomada a una ventana, pero antes se puso a dar un repaso al periódico, momentos que aprovechó un chiquillo para echarle un bote de pintura



dentro del bombardino. "Ya está aquí la dama; a ésta le voy a dar la serenata". La dama, que se dió cuenta, se



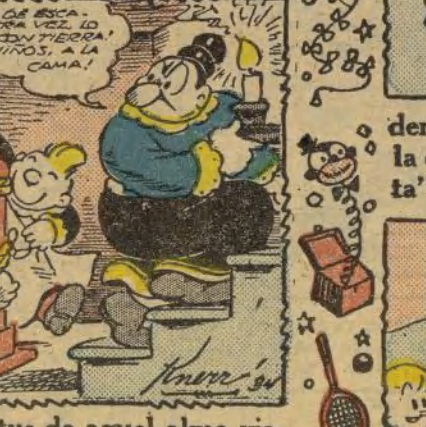
puso muy tonta. Repollo dió un fuerte soplo y salió una tromba de pintura, que puso a la señorita como para proclamarse "Miss Negrita 1935".



Risa para la semana con "Laura" la charlatana



El fiel Kilómetro oyó el grito de auxilio de Laura, y comprendió que algo horrible tenía que pasar a su querida compañera.



Como Kilómetro era un perro valiente, que estaba dispuesto a jugarse el pellejo por una pluma de Laura, partió veloz en su auxilio.



Y no tardó en dar alcance al minino que quería zamparse a la cotorra. "Animo—gritó Kilómetro—, aquí estoy yo, que soy un hacha."



Y, consciente de su obligación, le dió un lapo al minino, que, si le agarra de lleno, le hace fosfatina. El gato huyó, perseguido por Kilómetro.



El perro tranvía sitió a su enemigo, que pedía clemencia. ¿Qué hicieron Laura y Kilómetro? ¿Se comieron al gato o se unieron con él?



Repollo salió de su casa dispuesto a dar la serenata a la primera que viese asomada a una ventana, pero antes se puso a dar un repaso al periódico, momentos que aprovechó un chiquillo para echarle un bote de pintura



dentro del bombardino. "Ya está aquí la dama; a ésta le voy a dar la serenata". La dama, que se dió cuenta, se

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



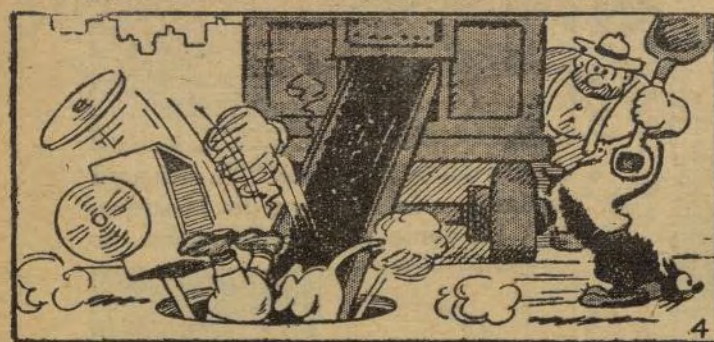
Después de la segunda edición de la batalla del Marne, en la que fueron protagonistas el bestia del nene y Dinamita, don Simplón llevó al nene a darle otro traje.



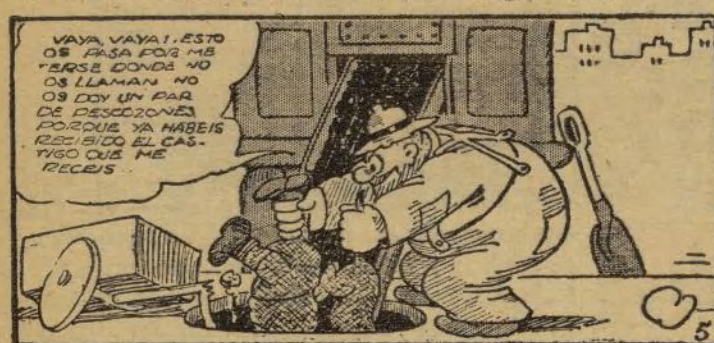
Poco después estaba Telesforo como para un concurso de niños bellos, y salió muy alegre con Dinamita. "Descuide usted, don Simplón, que no nos malchalemos ni rompelemos."



Telesforo y Dinamita paseaban alegres, cuando el perrito acercó a ver a un gato que les tenía ojeriza. "Quieto, gritaba Telesforo. Quieto, helmoso, que te vas a rompela una vena".



Y era tal la negra ira de Dinamita, que no vio la negra boca de una cueva en la que estaban descargando una negra camioneta de negro carbón, y allí cayeron por su negra suerte.

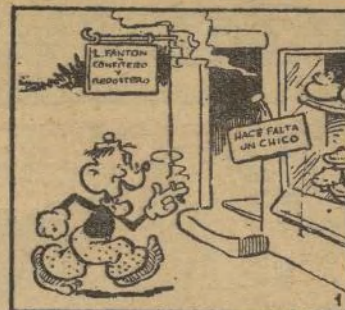


Menos mal que el carbonero los había atisbado y pudo sacarlos como si fueran dos conejos; y cuando Telesforo y Dinamita se contemplaron, estuvieron a punto de perecer.



Y aun más a punto de perecer de la impresión estuvo el pobre don Simplón, que ya no sabía cómo vestir al nene aquel para que llegase entero a la hora de acogerse al hogar.

Mikito y el repostero



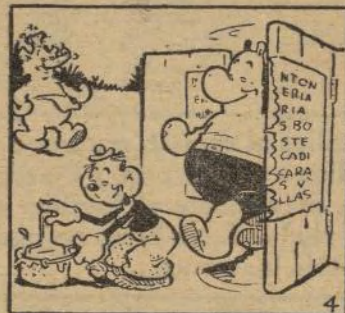
Mikito llevaba una temporada de obrero parado, cuando un día acertó a pasar por una confitería que necesitaba un chico.



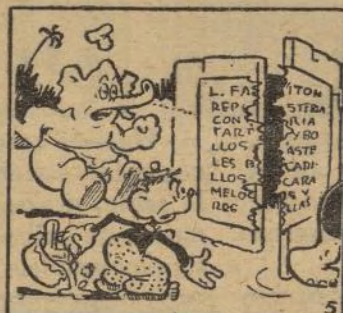
Don L. Fantón, confitero y repostero, admitió a Mikito y le encomendó la tarea de pegar un cartel de propaganda.



Creyendo Mikito cumplir la orden de L. Fantón de ponerlo en sitio muy visible, se puso a pegarlo sin ver que lo hacía...



...sobre una puerta. Cuando terminada su tarea se disponía a marchar, don Hipopótamez abrió la puerta del solar...



...destrozando el anunciador cartel. Esto indignó grandemente a L. Fantón, que pasaba por allí en aquel momento.



Y después de lanzar a Mikito un insulto impropio de un repostero educado, decidió también lanzarle el bote de pegar.



"¡Ya decía yo que esto traía cola!", exclamó Mikito cuando sintió encasquetarse en su cabeza el pegajoso bote.



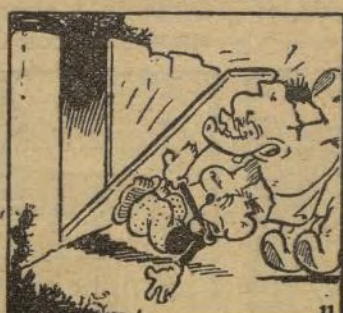
Sin jornal y chorreando cola por todas partes, Mikito se quedó más triste que un "cantao" de flamenco, y para colmo...



...se apoyó sobre una valla sin contar con que se le iba a pegar la mano a la madera. Quiso marcharse, y no pudo.



L. Fantón había ido a su casa y volvía a entregar una cesta llena de pasteles, que pasó por la nariz de Mikito.

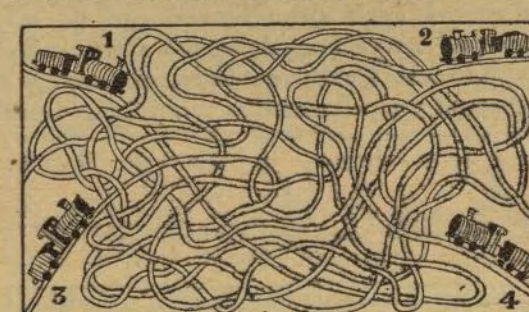


Entusiasmado éste por el delicioso olorillo de los pasteles, hizo tal esfuerzo, que tiró la tabla sobre don L. Fantón.



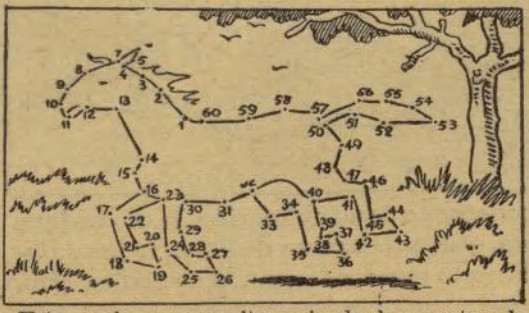
Y sacando la mano del guante, dejó al confitero pegado a la tabla y se alejó saboreando los dulces pastelillos.

PASATIEMPOS

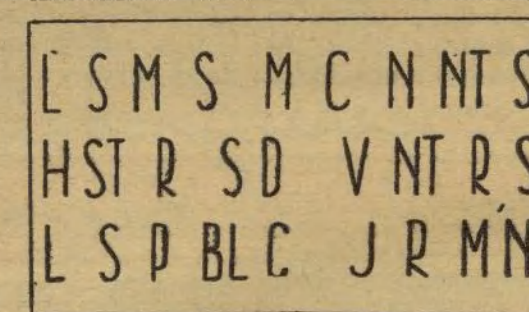


Estas cuatro máquinas están maniobrando, y dos de ellas van a chocar infaliblemente, porque van por la misma vía. ¿Cuáles de los trenes serán los que choquen?

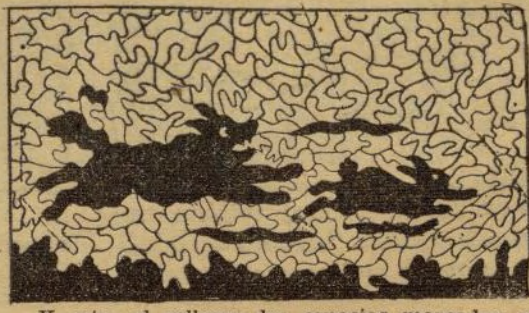
SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Esto es lo que resulta uniendo los puntos de uno al sesenta.



Colocad entre estas consonantes las vocales que faltan, y os enteraréis de lo que se os dice en ese rótulo. Es tan fácil que no necesitaréis esperar la solución.



Y esto, al rellenar los espacios marcados con un punto.

Resumen de lo publicado.— Antonio, huérfano y confiado a la tutela del trapecista Bepo, trabajaba en el circo Smith; pero su cruel tutor pasa a trabajar en el circo Waldorf, y Antonio ha de seguirle.

COMPANEROS DE CIRCO



Antonio y Bepo llegaron al pueblo cercano en que se hallaba instalado el circo Waldorf. El propietario del circo los recibió en persona y les acompañó al carromato en que habían de vivir. Antonio vio a Estrella, y fué a saludarla sonriente.



Antes de separarse, Estrella le dijo a Antonio en voz baja: "Ven luego a verme en el entoldado. Tengo que decirte algo importante". El muchacho siguió a Bepo hasta su carro. Allí su tutor le dijo señalándole sus dos maletas: "Saca mis cosas y arregla el cuarto".



Era una caja pesada, de hierro; y al pretender Antonio levantarla, se le escurrió de las manos y cayó al suelo. Indudablemente no estaba cerrada con llave, porque con el golpe se abrió, y un puñado de cartas y papeles se desparramaron.



Quedóse perplejo por un momento, y luego se había casi decidido a abrir aquella carta, que indudablemente estaba destinada para él, cuando sintió gruñir la cerradura. Colocó la caja en su sitio, después de guardarse la carta. Y Bepo entró.



La antigua artista ecuestre del circo Smith se mostró con el muchacho tan cariñosa y amable como siempre lo había sido, y manifestó gran alegría por tenerlo nuevamente de compañero. Bepo interrumpió la conversación llamando al muchacho.



Cuando vió que su pupilo ponía manos a la obra, Bepo se ausentó de la habitación. Antonio se dio prisa por terminar, y pronto despachó con una de las maletas. En ella encontró una caja que indudablemente contenía papeles privados de Bepo.



"¡Diantre!", exclamó Antonio contrariado mientras se ponía a recoger los papeles y ponerlos de nuevo en la caja. De pronto, su mirada se detiene en el sobre de una de las cartas, en el que se lee: "Para mi hijo Antonio". La vista se le nubló.



Casi toda la tarde la pasó Bepo en el carro; mas al fin salió, y nuestro amigo entonces corrió a saber lo que Estrella quería comunicarle. "Antonio, le dijo la artista apresuradamente. El señor Waldorf pretende jugarle otra treta al señor Smith". (Continuará)

EL PERRITO VAGABUNDO



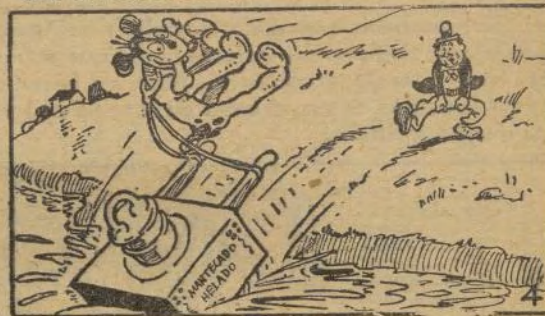
El perrito "Pelanas" llevaba tres días sin comer por lo que tuvo que resignarse a ir tirando de un carrito, animado por la esperanza de un triste hueso.



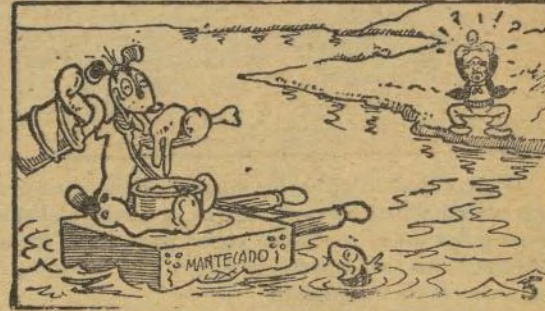
Cuando el señor Paco, llamado el rey del helado, más que por su industria, por su frescura, se paró, utilizó el pelado hueso para calzar su carrito.



Y dió el pregón, con el que solía engañar a los transeúntes: "¡Al rico mantecado, heladooo...ó!" Pero, a todo esto, el perrito "Pelanas" había pensado comerse el hueso.



Y al quitarlo de la rueda, ésta y su compañera empezaron a dar vueltas, arrastrando al carrito y a "Pelanas" cuesta abajo, en dirección al río, al que no tardaron en llegar.

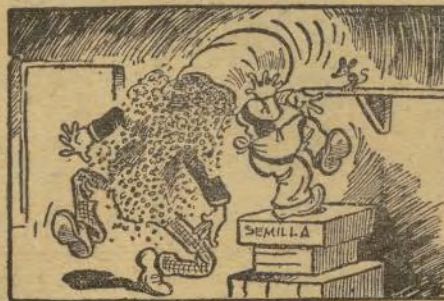


Y una vez en él, el perrito "Pelanas" se atracó de mantecado, mientras en la orilla del río al señor Paco le daba un ataque de nervios.

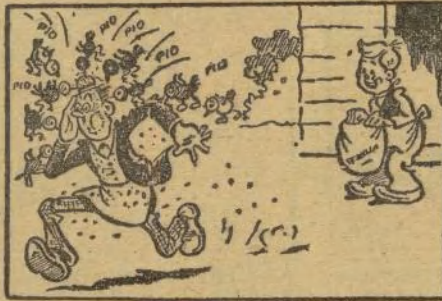
TRAGICOMEDIA SENCILLA POR UN SACO DE SEMILLA



Flavianito estaba empleado en un almacén de granos; y cuando se hallaba colocando un saco de semilla, fué sorprendido por un "caco", que pretendió amenazarle para robarle los granos.



Pero Flavianito era más astuto de lo que el "caco" suponía, y, dejando que éste se acercara a él, le volcó encima de la cabezota el saco de semilla codiciado por el ladrón.



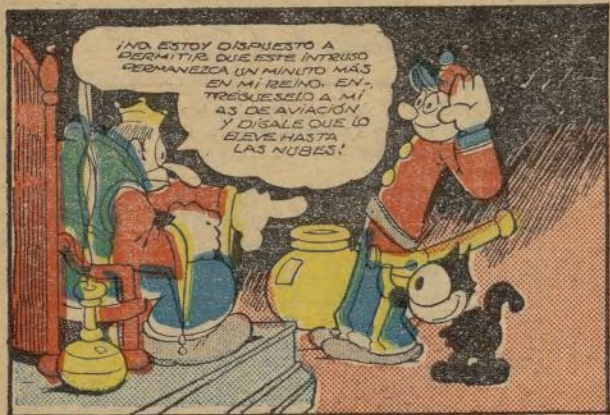
Este, asustado, salió corriendo y atrajo sobre él una verdadera nube de hambrientos pajarillos, que la emprendieron a picotazos con el fugitivo "caco" y sus granos. mientras el chico sonreía



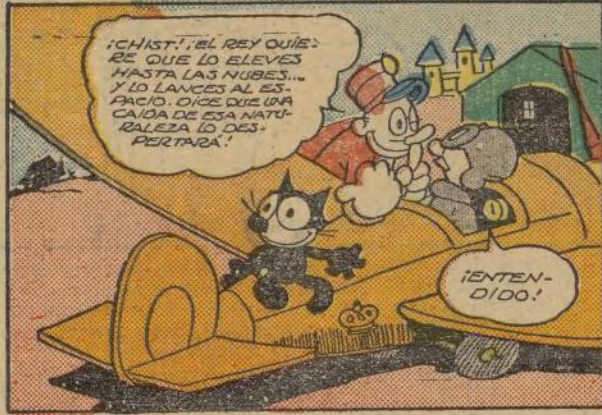
Y cuando don Bernabé, el dueño del almacén, llegó, se encontró al desgraciado ratero, al que los pájaros habían dejado sin un botón. Y tuvo la humorada de contratarle para espantapájaros.



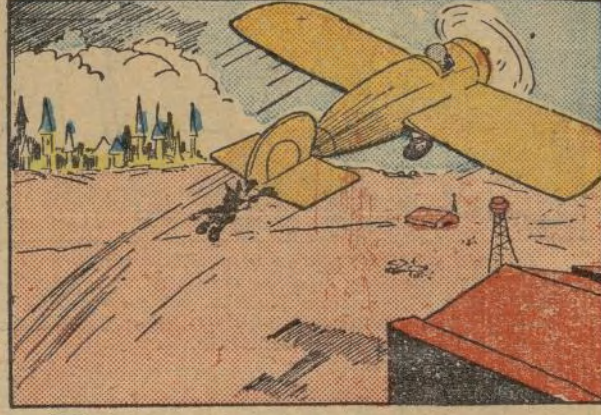
ANDANZAS DEL GATO FELIX



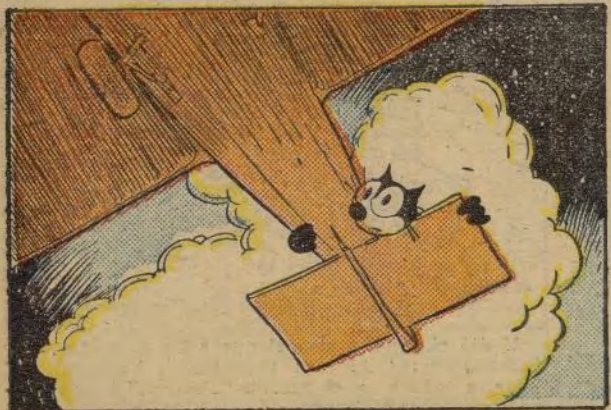
Como recordareis, Félix, más castizo que una habanera, le llamó cabezón a Ronquido XXVII, rey del país de los sueños. El rey, más quemado que una torrija, dió orden a su capitán para que en el término de veinticuatro horas despertase al gato.



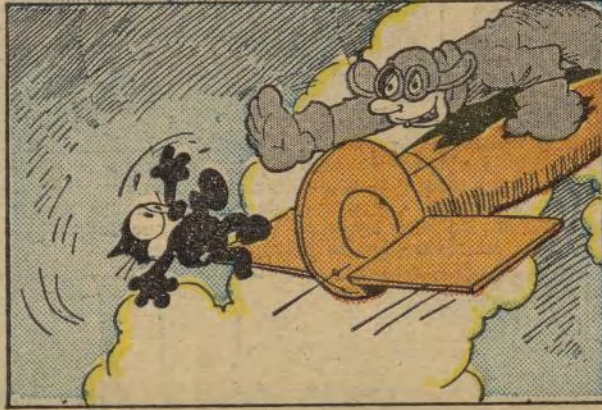
El capitán, fingiendo traicioneramente una amistad, que era más falsa que dos pesetas de aluminio, invitó a Félix a que visitase los aeródromos del reino y se diese una vueltecita en aparato, a lo que Félix accedió, incauto.



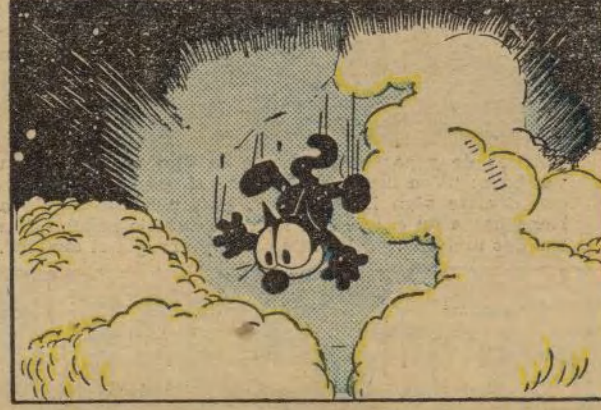
Y de esta manera, el aviador, que llevaba órdenes más secretas que un tratado internacional, despegó a toda mecha, y Félix tuvo que agarrarse con toda la fuerza de sus uñas para no dejarse una oreja pegada al asfalto.



Pero no había concluido el suplicio del gato, y bien pronto comprendió nuestro héroe que aquel piloto tenía intenciones siniestras, pues, sin hacer caso de sus lamentos, comenzó a dar en el vacío más vueltas que un molinillo.



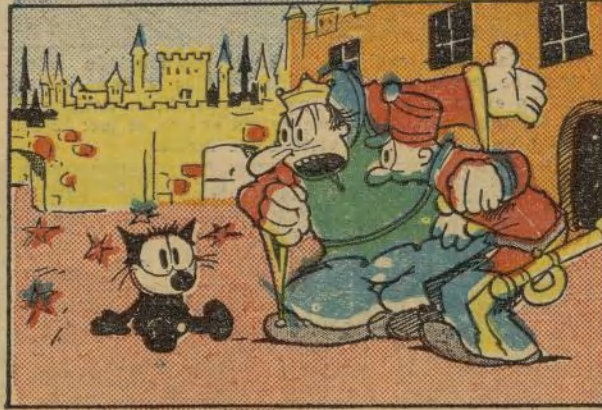
Y bien pronto tuvo ocasión el gato de comprobar que el piloto era un asesino de vía estrecha, pues, al darse cuenta de que no hacía caer al gato ni con polvorones, le dió un empujón que le hizo ahuecar el ala de la ídem del aeroplano.



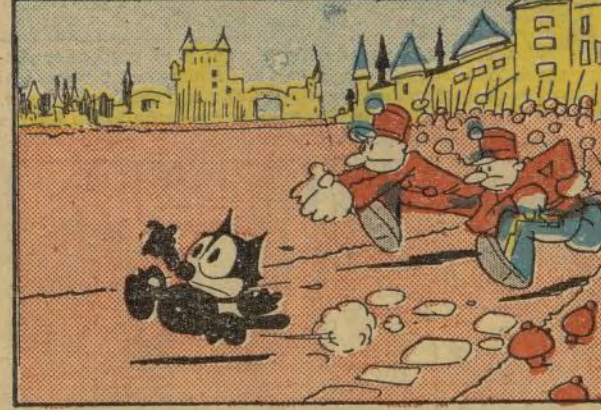
Y desde una altura de doce mil quinientos metros, siete centímetros y cinco milímetros, Félix cayó en el vacío, pidiendo a voces despertase de aquel mal sueño porque, si no, no iba a quedar de sus huesos ni para llenar un palillero.



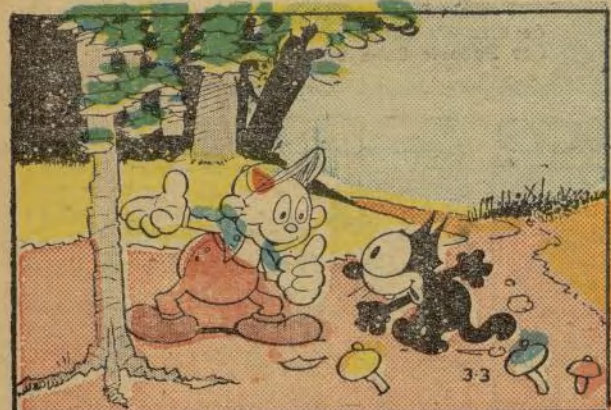
Pero el bebedizo de los enanitos de bosque era un esporífero a prueba de porrazos, y aunque el que se atizó Félix en el suelo fué como para abrir un pozo artesiano, no se despertó, y siguió, por lo tanto, dentro del país de los sueños.



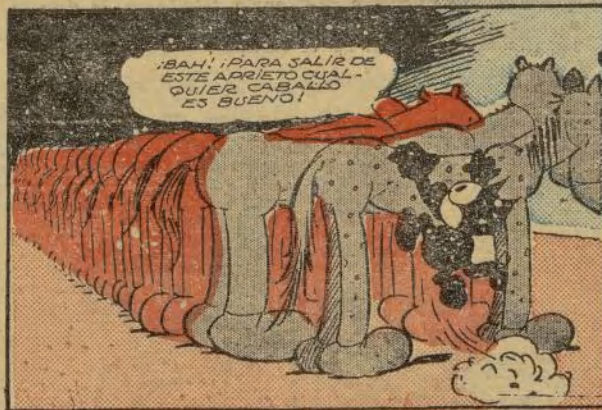
Decididamente, Félix era un gato con mala pata, pues, ya que había conseguido su ilusión de entrar en aquel reino, no le había caído en gracia al rey. Y Ronquido XXVII, al comprobar que no se despertaba, dió un berrido de rabia y gritó:



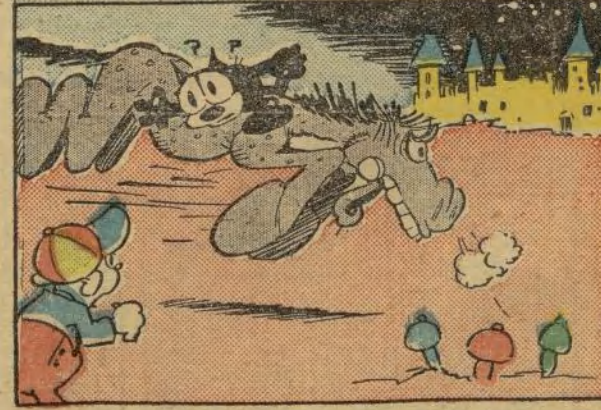
"¡Treinta y cinco pesetas y un pirulí a quien me traiga a ese miserable!" Al oírlo, todos los soldados del Ronquido salieron en persecución del gato. Este hizo un llamamiento a las tabas, y salió disparado en dirección contraria.



El ejército de Ronquido XXVII salió en persecución del gato, y cuando ya estaba a punto de desfallecer, surgió a su lado un individuo. "Corre y monta en cualquiera de mis caballos y huye. Pero no cabalgues en el que tiene pintas, pues está loco."



Félix escapó como una centella, y fué tal su velocidad, que no oyó las últimas palabras de su salvador, y de un solo salto montó en el primer caballo, que era precisamente el caballo loco que le advertían que no montase.



"¡Desgraciado!—le gritó el de las caballerizas— ¡Has cogido a Pesadilla, el caballo loco, que hizo pacto con el diablo! ¡Nadie podrá salvarte! ¡Pesadilla te matará! ¡No tienes salvación!" ¡Pobre gato Félix! ¿Qué le iba a pasar al desgraciado? (Continuará)